

tra impresa, y espero confirmación respecto á planes de secuestro de niños como rehenes, y á envenenamientos de los presos monárquicos de Portugal, sensacional noticia que extensamente divulgan y comentan varios periódicos. Parece que hay un cólera ó peste carcelaria, que sabe elegir y no ataca sino á los partidarios algo significados de D. Manuel... ¿Hemos vuelto á los tiempos de Locusta? ¿O hay que ver en esto una de tantas armas vedadas, que la furia política recoge y utiliza sin escrúpulo?

De todos modos, y sea ó no fundada la pavorosa conseja, el estado de la naciente República tiene de todo menos de lisonjero. La noble y legítima aspiración de fomentar el turismo, de atraer viajeros que admiren tanta belleza como encierra Portugal, es incompatible con esta efervescencia revolucionaria y estos odios fratricidas.

No censuro el cambio de forma de gobierno. De las cuestiones de forma de gobierno hay que decir, como de los matrimonios: si es para bien... Pero, en general (y por eso se le suele temer al cambio), los problemas planteados, el agitar la ciénaga de apetitos y malas pasiones, no traen bienes, sino epidemias. La monarquía portuguesa cayó en actitud poco gallarda, y abandonada de todos: así se ha venido diciendo. Y en ese caso, el entusiasmo por la restauración no puede tener otro origen, que las torpezas y violencias revolucionarias.

No es ahora, ciertamente, cuando el ilustre autor de *As Farpas* escribió que Portugal no desempeñaba papel alguno en la civilización europea, en el terreno político. Conocida su magnífica misión bajo el Renacimiento, con las excelentes condiciones de su situación geográfica, con la paz interior de que ha disfrutado y que contrasta con las perpetuas convulsiones españolas —habla Ramalho,—Portugal tenía el deber y el derecho de asumir, en este siglo, la preponderancia hegemónica de los Estados peninsulares, la dirección espiritual de la civilización ibérica... Veinticinco años después de que un ingenio claro y agudo, un tanto volteriano, señala este objetivo á su patria, Portugal se encuentra atolado en el desorden, y nos dirige y nos enseña el mutuo respeto que las naciones se deben, metiéndose en nuestro territorio á apalear á sus súbditos...

Flotará todavía en el aire, sobre los destinos de este pueblo por otra parte tan simpático, y de tan gloriosas tradiciones, la sombra del marqués de Pombal, de quien Ramalho Ortigao, (librepensador y de opiniones avanzadísimas, téngase en cuenta), dijo, con ocasión de celebrarse solemnemente su Centenario, que fué un gobernante por el terror, que plagió la organización de la Compañía de Jesús, para gobernar como hubiese gobernado ella, y que, después de expulsar á los jesuitas, cayó como ellos, sólo que más ridículamente. Yo creía que Portugal, hecha á tan poca costa su revolución, sin lucha, sin resistencia por parte de la monarquía, que pareció aceptar como algo fatal su caída, establecería una república bonachona, toda concordia y tolerancia, á lo suizo, y de esa república no habría nada que decir. Una república «á base» de odio, con *pancadas* y *dentadas*, con jesuitas á quienes se les hace la ficha antropométrica como si fuesen malhechores, amén de administrarles puñetazos y patadas para que se acuerden de que la tradición pombalina no se ha perdido; y con esa leyenda siniestra que no desdeñaría Ponsón du Terrail para sus novelas terroríficas, ya no me parece tan encaminada á ejercer esa hegemonía de que hablaba Ramalho, y que, si se fundase en verdaderas superioridades culturales, yo aceptaría muy gustosa.

Confieso que, dentro del género que cultiva no me parece vulgar el ladrón hábil y audacísimo que adoptó el pseudónimo de *Raffles* II.

Creo, sin embargo, que nos ha hecho daño á los autores de vaga y amena literatura. Yo he sostenido algunas veces que influye más la sociedad en las letras, que las letras en la sociedad. Por anárquica é independiente que la literatura parezca, depende de las influencias del medio ambiente, y no se concibe fuera de él. La literatura es una de las formas elocuentes de expresión social; no una creadora de estados sociales; y, en vez de llevar de la mano al público, es el gusto del público el que la guía. Desde el ocaso del naturalismo, el público ha vuelto á reclamar novela novelesca, y aun folletinesca, que excite poderosamente su interés. Los dos resortes del interés son conocidos: amor, dinero. De ahí procede el desarrollo y multiplicación de la novela erótica, la creciente licencia de sus pinturas, y de ahí el incremento extraordinario de las novelas policíacas, con detectives y ladrones finos y elegantes, diestros en toda clase de ardid para despistar á sus perseguidores.

Las grandes ciudades se prestan á tal género de invención. En esto se equivocó el *Raffles* de Madrid.

Madrid es un pueblo relativamente pequeño, con relación á esos vastos escenarios de París, Berlín, Londres y Nueva York, á los cuales Buenos Aires hará competencia muy pronto. Verdad que tampoco nuestra policía se encuentra á la altura de las científicas policías internacionales, compuestas de refinados, si no mienten, que si mentarán, las novelas de Conan Doyle y otros cultivadores de la especialidad.

Cuando salta algún caso como el de este *Raffles* madrileño, nunca falta quien diga: ¡Efectos de las malas lecturas! Más claro. A ese pobre diablo le ha perdido el leer, ó quién sabe si la asistencia á un drama que se representó en Madrid y que desarrollaba, poética y sensacionalmente, las aventuras del célebre ladrón del gran mundo.

No lo crean ustedes... El criado infiel que despoja á su amo, le despojaría igual aunque no sospechase la existencia de los novelistas y dramaturgos policíacos. Precisamente, esta clase de robos no son nada *modern style*. Pertenecen á lo arcaico. Hoy, los métodos han cambiado: se hacen las cosas con más arte, á favor de las cuentas en que entra la sisa; y así se evitan dimes y diretes con la justicia, si el caso llega.

Ha producido emoción, en las altas esferas intelectuales, la aparición de un retrato que se da por el verdadero y auténtico de Miguel de Cervantes Saavedra, autor de *El Quijote*. Mientras en Inglaterra parecen acumularse las pruebas de que Shakespeare no escribió las obras maestras que han pasado por suyas y corrido bajo su nombre, en España la casualidad nos depara conocer la fisonomía real del Gran Manco.

Sin embargo, mi erudito amigo Pérez de Guzmán entiende que debemos suspender el juicio; que todavía no puede darse por cosa probada que ese retrato, del cual se han publicado ya tantas reproducciones, sea en efecto la verdadera efigie del mayor ingenio español. Esperemos, pues, á que decidan las autoridades, en cuestión tan vital; porque un retrato de Cervantes es para nosotros, y también para todas las naciones de origen y de habla española, como el retrato de un padre, de un venerado ascendiente.

En lo que se refiere á Shakespeare, cuyas obras se atribuyen ahora á Bacon, no puedo menos de sentir que la noticia se confirme, si se confirma... Yo estaba habituado á Shakespeare, y cuando pensaba en Hamleto, en Otelo, en los amantes de Verona, en Ricardo III, en tantas figuras dotadas de mayor vida que los seres de carne y hueso, me acordaba también de Will, su creador, ó que por tal era tenido. Nadie ignora la fuerza de la costumbre y de las ideas adquiridas, arraigadas en la mente. Si ahora resulta demostrado que Shakespeare no fué sino un testafarro, un pobre cómico pagado para que pudiese guardar el anónimo, esconder su personalidad de hombre de Estado y de filósofo grave, otro hombre, tendré algo semejante á un disgusto, á una decepción...

El Bacon á quien se atribuyen las obras hasta hoy llamadas de Shakespeare, no es, huelga advertirlo, aquel fraile franciscano á quien se califica de «la mayor aparición de la Edad Media», y que inventó, ahí es nada, la pólvora, el vapor, los globos y no sé cuántas cosas más, igualmente asombrosas. Es el canciller Bacon de Verulamio, y, si resultase que en efecto suyas son esas tragedias y comedias sin par, podría afirmarse que no hubo hombre más extraordinario, ni tanto, en los anales de la especie. Como que, aun cuando no hubiese escrito *Otelo*, había escrito el *Nóvum Organum*, obra que es á la filosofía y á la historia del pensamiento, lo que *Hamleto*, *Otelo* y el *Rey Lear* á la del arte. Bacon de Verulamio, que parece destinado á que la posteridad le corone de gloria refulgentísima, no sólo como pensador, sino como artista—caso que creo único—sintió desde niño el estímulo de la ambición, pasión viril admirablemente estudiada y descrita en varios dramas de Shakespeare, y señaladamente en dos, *Ricardo III* y *Julio César*. Sin duda, con todas sus privilegiadas aptitudes de artista y de filósofo, la verdadera aspiración constante de Bacon de Verulamio fué llegar á los altos puestos políticos, y, pena da escribirlo, á la riqueza. Las malas acciones que cometió para lograr ambos fines, han quedado consignadas en la historia, porque fueron públicas: en público acusó y pidió la cabeza de su protector y amigo el conde de Essex, y en público fué condenado por concusión. Asusta pensar la luz que arroja sobre lo complejo y contradictorio de la naturaleza humana la unión, en un mismo sujeto, del mayor poeta dramático, de un filósofo de los más grandes, llamado «el incomparable» y de un miserable ingrato, de un prevaricador. ¡No somos nada!, hay que repetir melancólicamente.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Lo que nos sucede con Portugal, es á la vez molesto y festivo, y no dudo que, este invierno, algún autor del género recogido aprovechará elementos tan inestimables para una de esas obras que duran cien noches en el cartel de Lara ó de Apolo, y son filones de risa y de dinero.

Hablando yo una tarde de la pasada primavera con mi amigo Eugenio Sellés, marqués de Gerona, de planes de veraneo, me manifestó que pensaba, como todos los años, irse á su chalet de Espiño—creo que dijo Espiño, pero pudiera yo confundirlo con Granja; para el caso, no tiene importancia el error.—Y, al preguntarle si no recelaba que el estado de perturbación del país pudiese acarrearle molestias, me contestó, con su habitual benévolo optimismo, que esperaba pasar muy sosegado verano, y que en las lindas playas lusitanas se divertía la gente mucho, sin preocuparse ni pizca de política. Acabo de leer, en el *Imparcial*, la carta en que Sellés refiere el suceso: su casa y las de los demás españoles conocidos, que formaban la colonia, desbalijada, saqueada con fractura, sin que la autoridad dé muestras de imponer correctivo á los desmanes, ni de reparar los perjuicios.

Y todavía el saqueo, ó, como dicen nuestros vecinos, el *cambriolage* de los hoteles de la colonia española, con ser unas mijajas mortificante para nosotros, demostrando la preferencia que nos conceden los *galunos* portugueses, es tortas y pan pintado ante la manía en que han dado ahora los *guardiñas* de la frontera, de meterse como trasquilado por iglesia en nuestro territorio y arreglar en él sus asuntos de policía y vigilancia, con toda tranquilidad. Cinco kilómetros adentro en terreno español, fué preso no ha muchos días no sé qué conspirador portugués, no sin administrarle antes una regular paliza. Y en Orense, en la misma capital de la provincia, el cónsul portugués abrasó á tiros á un monárquico, portugués igualmente. A la verdad, va picando en historia.

La prensa refiere cosas mucho más melodramáticas. Tanto, que, si como novelista no dejan de interesarme, porque brindan campo dilatado á la imaginación, y se prestan á cuantas combinaciones desee esta maga ó esta bruja, á fuer de persona sensata tengo que ponerlas en duda, hasta que se prueben, (aunque la prueba, en este caso, sea harto difícil). La saña política puede inventar todo género de absurdos, y, aun sin que medie tal saña, en la vida diaria todos hemos podido cerciorarnos de lo fácilmente que se calumnia, no ya aprovechando datos de la realidad que se desfiguran y alteran á placer, pero hasta sin la base de esos datos. Si yo evocase, á tal propósito, recuerdos personales, se juzgaría que inventaba. No bajan de seis las entrevistas enteramente apócrifas que se publicaron, supuestas conmigo, sin que yo hubiese llegado ni á cruzar palabra con el que decía haber recogido de mis labios un sin fin de detalles. Una de estas entrevistas me suponía en Madrid, y el día de autos yo almorzaba, en París, en la Embajada española. ¿Buena coartada, eh? De suerte que me encuentro perfectamente preparada á dudar de la le-